

Himno a la Noche

Homero Aridjis

Novalis, *Hymnen an die Nacht*
A Chloe.

I

Desde que murió Novalis
la noche infinita se ha vuelto finita,
la Vía Láctea con sus millones de soles
se ahoga en el horizonte urbano,

los miles de rayos visuales
que el hombre arroja
al cielo de cobre,
embisten al ojo,

los carros-cucarachas,
con sus ruidos espectrales
y sus flashazos vanos,
anegan los claros de luna,

y las cámaras de vigilancia
que retratan tu sombra, poeta,
desvelan los cuerpos invisibles
que imaginó el sueño romántico.

Si bien la sonrisa ubicua de la luz
guía tus pasos hacia el alba virtual,
la contaminación lumínica
nos niega la santa oscuridad.

Poeta de la Noche,
¿sólo la muerte es la verdadera vida?

¿sólo el no ser es el verdadero ser?
¿sólo el amor virtual es el más profundo amor?

Dime, ¿cómo hallar inspiración en un cielo vacío?
¿adónde se ha ido la poesía de la noche?

II

La piedra es un pedazo de oscuridad
que el hombre lleva en la mano
para sopesar la noche

es un rayo en forma de corazón
que se congeló en la tierra

es una imagen que una mano
invisible arrojó al camino
para marcar un paso que no deja huella

la piedra es la cuna y la tumba del hombre

III

La piedra en llamas
que el volcán aventó al aire
como un corazón de cobre
se clavó en la arena;
la sangre amarilla
que abrasó el herbaje
se quedó en la tierra
como enigma impenetrable,
y después de mil años
de guardar fuegos inmóviles,
la piedra extraña, la piedra entraña,
refulge en mis manos con claridad antigua.

IV

Bajo un sol anémico,
sepultureros escuálidos
cavan con pico y pala
la zanja del olvido,

mientras tu fantasma,
Novalis,
pisando el suelo desmemoriado
pasa escupiendo sangre

tras del espectro
de Sophie von Kuhn,
la quinceañera tísica,
de pelo rubio y ojos negros,

y hoy como ayer,
el ángel de tu vida
danza
en las ondas azules de la nada,

pues en la tierra,
Novalis, la muerte,
como el amor,
no envejece.

v

El extranjero que de noche anda
con los labios sellados por tanto canto,
habitante de dos mundos, no habita ninguno,
Obscuro loco natus, tiende puentes visuales
sobre el abismo que separa
el supramundo del inframundo.

Porque en un principio el poeta
y el sacerdote eran un solo ser,
aunque separados en otras épocas,
sabes aun que el poeta es un sacerdote
y el sacerdote un poeta, y que en ti mismo
se restituyó el orden antiguo de las cosas.

La aurora de delgados dedos planta
a la orilla de la luz semillas de oro,
y tú, caminante del orto al ocaso,
vas recogiendo las primaveras efímeras
de lo impalpable, pues tu mirada es más rápida que
tu sombra y tu oído más agudo que el de la serpiente.

Mas ante la diosa que sin nombre yace
en los misterios pétreos del camino,

como si tu ser fuera otro enigma,
con una piedra negra en la mano
te pierdes en el alba secreta de ti mismo.

VI

¿Veis esta luz?
Es la Flor Azul,
mi primero y mi último anhelo.
Sus hojas han cambiado de color,
pero siguen brillando;
sus pétalos han adelgazado,
pero siguen mostrando
una coloración azul,
su cara tierna.
Si pasa y se pone
no quiere decir que muere;
admirada y soñada,
desnuda y recogida,
habiéndose inclinado
como marchita,
levantará mañana su corola
de indeclinable amor,
para que siga siendo,
como esta tierra,
insegura y perecedera,
bella y divina.

VII

Grabado está un enigma misterioso
en los arroyos secos de la piedra.
Al alba se desvelan como un corazón
de rayos tocado por lo Desconocido.
En torno de la piedra, resplandores.
Dentro de la piedra, soles interiores.
En la piedra la luz que se retira,
¿habitará mi corazón su enigma?